

quieta la idea de esperar los ascensos. Repito que este empleo no es para mí más que un medio de comer, un medio que aunque de poca importancia me sea bastante. No quiero malograr inútilmente mi porvenir. Como dirigiéndome exclusivamente á la Musa moriría de hambre antes de ser conocido, estoy obligado á pedir mi pan por otra parte, mientras continuo creando mi posición futura para la poesía.

Puede ser que esta última parte de mi proyecto sea un sueño; pero me bastará con mi modesto empleo para comer y habré seguido hasta el fin mi divisa: *Todo ó nada*. Como otros detalles te diré que busco este empleo en un servicio activo, por ejemplo, un servicio de vigilancia; en fin es probable que sea colocado dentro de unos días en un ferrocarril, para lo cual he presentado mi instancia.

Espero una carta tuya á principios de abril, es decir: una carta escrita durante tus vacaciones en Aix. Yo te escribiré después la llegada de Cézanne. Por otra parte esta época está bastante próxima. Dame, pues, algunas noticias sobre Aix y sus habitantes.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Te aconsejo leer y estudiar á Montaigne. Te aseguro que saboreo con deleite su filosofía y estoy persuadido de que te satisfará lo mismo. Lee, sobre todo, su capítulo: *Del colegio de niños*. ¡Qué rudo revólución á nuestra enseñanza clásica!

VIII

París, 2 de mayo de 1860.

Mi buen viejo:

Creo que los poetas y los novelistas han abusado demasiado del drama en el amor. No parecen ocuparse

más que del momento crítico, del instante que la pasión estalla, salvaje y desmelenada. Se diría una montaña con dos vertientes: la una, de pendiente dulce y florida, no tiene más que valles deliciosos, arroyuelos que murmuran bajo la hierba, aves que cantan en los breñales, por donde, lejos de sentir fatiga alguna al trepar, se siente que el pecho se dilata al aproximarse al cielo. Se camina, se camina siempre, impaciente de perderse en las nubes; mas cuando se está en este sueño, cuando cree uno sentir que posee alas, no sé qué fatalidad os impulsa á descender por la otra vertiente. ¡Y qué descenso, Dios mío! Aquello no es más que zarzales, abismos sin fondo; la pendiente es áspera, y se rueda en lugar de marchar. Los señores novelistas hacen subir esta montaña á cada uno de sus héroes; éste la sube más ó menos ligero, aquél la descende con más ó menos rapidez. Pero todos la deben subir; es la regla general. Ellos me dirán: la realidad es la que lo quiere; nosotros no hacemos otra cosa que pintar á los hombres, y, si se parecen todos, si todos tienen la locura de amar demasiado primero, para no amar después, tanto peor para ellos. Y tendrán alguna razón estos estimables señores. Es verdad que son nuestros insensatos sueños y nuestros deseos imposibles de satisfacer los que con frecuencia causan nuestras desdichas cuando tropezamos con la vida real. Pero la novela no tiene como fin único pintar, debe también corregir y es una pobre corrección esta de pintar un poco para corregir un día. Hay mucha gente, yo lo afirmo, que se considerarían dichosos con poder tener las cualidades de un héroe de novela á riesgo de tener sus defectos. Yo creo que á un hombre que está en cura no debe mostrársele brutalmente su mal; antes, al contrario, debe hacérsele ver la felicidad de que gozaría de haber seguido el buen camino. Por consiguiente, nada de montaña que subir, nada de montaña que bajar; un gran plano bien alisado, bien fértil, menos agra-

dable, es verdad, que la primera vertiente, pero no presentando los precipicios horribles de la segunda. Es decir que el amor no será la felicidad de un instante destruída por la desolación del resto de la vida, sino que, en una palabra, será una felicidad apacible, no pidiendo demasiado para obtener mucho; una amistad apasionada si me es lícito expresarme así. Tal estudio le quitaría interés; ahí está *Pablo* y *Virginia* para probarlo; es verdad que el autor acaba por hacer morir á *Virginia*; esto á mis ojos, es una equivocación, y no veo por qué estos fraternales amantes no habían de continuar su idilio en el matrimonio; no hubiera sido éste el amor *ingenuo*—y es esto lo que ha determinado al autor á matar á su heroína,—pero hubiera podido ser un amor placentero. Se me gritará de nuevo: «Usted no es razonable; está en lo falso; ese amor no existe.» ¡Oh buenos autores! ¿de qué os inquietáis? Pensad, pues, en no decir más que verdades, nada de inventar y mostrarnos el corazón humano al desnudo. En realidad yo tengo menos orgullo que vosotros y he confesado que jamás logré comprender perfectamente un ejemplar de la raza humana. Por otra parte, me concederéis, que en vuestro libro os pertenece la parte de la invención; pues bien, yo emplearía esta parte, no en la terrible que tiene la pasión, sino en lo sencillo, en lo vulgar, en lo de todos los días. ¿Y creéis que si todos los hombres se pareciesen á mis héroes, á este sér, que según aseguran ustedes no existe, y que ama buenamente, sin soñar demasiado ni lloriquear con exceso, creéis que el mundo marcharía peor? Seguramente no. ¿Qué importa, pues, que yo haga la pintura de este que no existe, si le puedo hacer existir? ¿Será más malo y menos útil mi héroe, si mi héroe produce el nacimiento de cuerdos, que el vuestro, que sólo es un calco de extravagancias? No, repito una vez más, no. Yo tengo razón y vosotros estáis equivocados.

Yo hacía estas reflexiones ayer por la tarde, leyen-

do *Lucrecia Floriani* de Jorge Sand,—no para criticar á esta escritora, sino para sublevarme contra una moda tan general de no poder leer un primer capítulo sin adivinar el último. ¡Criticar á Jorge Sand! ¡No lo permita Dios! Sus novelas campestres son idilios demasiado delicados para que se la acuse de rebuscar lo terrible. Verdad es, sin embargo, que casi todos los amores que ella cuenta son desventurados, y confesaré que prefiero su novela rústica *La charca del diablo á Lucrecia Floriani*, sobre la cual te hablaré luego. *La charca del diablo* ¡qué perla! He aquí que realmente os hace desear amar á una mujer; nada de sollozos de amor, nada de lágrimas de tristeza, sino una felicidad sonriente y tranquila. Esto place mucho más que una pasión exaltada; se coge el libro, y á leer, con el corazón tranquilo, rebosante de ternura y de caridad. Bien por el contrario, este otro libro, donde os muestra uno de esos amores devorantes, turbulentos, que despierta á menudo los pensamientos carnales y produce siempre la pesadilla para muchas noches.—Lejos de mí el pensamiento de querer restringir el arte á la égloga únicamente; expreso mi gusto y nada más.

Volvamos á la novela de Jorge Sand, que te prometí en mi última carta apreciar, según mi escaso mérito. Me apresuro á decirte que no es un análisis en regla el que voy á hacer, sino solamente algunas observaciones generales. Oía elevarse á mi alrededor un concierto de voces sobre esta escritora, y la admiraba bajo la fe de los demás por no haber tenido todavía tiempo de juzgarla por mí mismo. En fin, al dejar los bancos del colegio me decidí á leer sus obras; tres de sus producciones han pasado ya por mis manos: *La charca del diablo*, *Andrés* y *Lucrecia Floriani*: sólo, pues, sobre estas novelas hago mi apreciación. Creo, por otra parte, haber tenido buena mano. En estos tres escritos se marca cierta gradación en el estilo, en las situaciones y en los senti-

mientos; entre *La charca del diablo*, idilio sencillo y gracioso, y *Lucrecia Floriani*, drama en que el amor estalla desmelenado, *Andrés* sirve como de transición por su agradable melancolía y su poesía campestre. Por otra parte, en todas, el amante y la amante, todo lo que les rodea y lo que forma sus caracteres propios, son, en cuanto al fondo un poco parecidos siempre: el amante no teniendo para contrarrestar sus grandes y numerosos defectos más que una sola cualidad: aquella de amar, de amar demasiado; la amante, menos apasionada, menos ardiente, pero más razonable y más perfecta. En ella el amor no es jamás en los comienzos un idilio, ama con toda su alma, sencillamente, sin soñar con las estrellas ni dirigirles sus lamentos. Sólo con el contacto de su amante, escuchando sus divagaciones, más ó menos poéticas, recibiendo sus besos mudos y terribles, se vuelve loca por él. Pero no se aventura sino con temor en este mar desconocido; obra á pesar de su voluntad, sin darse cuenta de sus nuevas sensaciones, atolondrada, empujada por una fuerza fatal. Se diría que presiente que este delirio no es más que una crisis, una enfermedad moral, violenta y voluptuosa, un estado anormal, como una vela que deslumbra de pronto para extinguirse en seguida. Y esto no es jamás un vano presentimiento. Bien pronto el amante, el ángel de los cielos, se convierte en hombre; su flaqueza, su egoísmo salen á la luz, y la pobre desventurada llora lágrimas de sangre, lamentando aquel momento de extraña embriaguez. Despierta como de un sueño que recuerda confusamente; se pregunta qué es lo que ha hecho de su razón; no tiene para aquel á quien amaba más que aborrecimiento y menosprecio. Su sueño era una vida feliz y un amor tranquilo; en la rectitud de su espíritu se había dicho que nada es más fatal para la felicidad que el tumulto de la pasión. Su único crimen es haber jugado con el fuego, y haber sido confiada en demasía; su solo castigo el de

sufrir, grande y bella. Pero él, como es pequeño, como causaba lástima y ocultaba todas sus miserias, su exaltación ha caído; puede ser que todavía ame á su amante, pero la calma ha desaparecido: él no es para ella más que un sér como los otros, tal vez inferior. Ella le domina, se ve mejor, más valerosa, más amante que él; ya lo he dicho; ella no le ama más, le menosprecia algunas veces.

Así pues, resumiendo, los dos son desgraciados por haberse dejado arrastrar por su sueño insensato. Pero en esta falta común ¡cuán menos culpable es la mujer! No cedió más que á una especie de fascinación, y su pensamiento no tomó parte alguna en su caída. El hombre, por el contrario lo hizo todo; él es el tentador, él Adán presentando la manzana á Eva. Ella soñaba con un mar apacible, con un Mediterráneo azul y embalsamado, y él fué quien la hizo embarcarse en una frágil barquilla en un Océano rugiente, soliviantado por un viento terrible. Los dos han perecido; pero la justicia de Dios los ha herido según sus culpas. La mujer que, padeciendo el tormento, no tenía más que cualidades buenas, queda después perfecta, más sublime en su dolor; el hombre por el contrario, como su solo mérito estaba en su exaltación, es llevado á remolque por sus mil defectos, y sólo es un motivo de lágrimas para sí y para los demás.

Lo que acabo de decir es aplicable sobre todo á *Andrés* y á *Lucrecia*. Cuanto á *La charca del diablo*, á pesar de su título, nada hay menos trágico. Pero la amante es todavía muy superior al amante, y en el fondo, siempre es el mismo pensamiento: «El hombre es un gran loco que no ha comprendido nunca á la mujer, y que si quiere marchar derecho debe dejarse conducir por ella.» Sin duda siendo el escritor una mujer, se dirá que cada cual arrima el ascua á su sardina. Sin embargo, si sigo dándote una idea de

los héroes y las heroínas de Jorge Sand, te parecerán vivientes como lo parecían á mis ojos cuando los seguía en sus aventuras y en sus pasiones. Estos se reducen, yo lo creo así, á verdaderos retratos cuyos originales no son muy raros en este mundo.

Ya lo ves: Jorge Sand sueña también con un amor apacible, y si ella describe una pasión delirante es para hacer ver sus consecuencias inevitables y terribles. Sin duda es por esto por lo que se la acusa de tener un espíritu positivista; como si lo que ella sueña, una felicidad tranquila, no estuviese hasta ahora en estado de ideal. Me agrada más ver obrar á un héroe, que escuchar que el escritor me dice: «él era así, él era de esta otra manera.» Jorge Sand escribe tres capítulos, para presentarme al hombre que pone en acción; yo me pierdo y, para comprender mejor, me veo obligado á resumir lo que acabo de leer. ¿Por qué diablo, entonces, no se contenta el autor con darme este resumen? Por otra parte, el autor de *La charca del diablo* posee un estilo claro, sencillo y vivo. Se le comprende siempre y jamás se encuentran en él palabras pedantescas ni frases retorcidas.

He leído en alguna parte que Jorge Sand peca por su filosofía. Hasta la presente, en los libros que he leído no he descubierto más que una dulce tolerancia y un gran espíritu de caridad. Perdona, lo mismo que Jesús, á la mujer culpable, á la virgen loca, cuando es una pecadora que ha *amado demasiado*. Quisiera que todo el mundo estuviese poblado de ricos y de dichosos, que todos fuesen hermanos y se amasen y se ayudasen. Además, no es uno de esos espíritus que se consumen en vanas lágrimas. Tiene—si me es posible hablar así—una caridad militante; propone marchar en contra de los malos, ir á encontrar al miserable á su boardilla y luchar cuerpo á cuerpo con la miseria; nada de lágrimas inútiles, nada de vanos enternecimientos sobre los pobres, pero sí una lucha paciente, un combate diario, de donde

todos los hombres saldrán hermanos, formando una sola república, rica y fuerte. ¡Ah! Esto no puede ser más que un sueño y por lo tanto sería un bien.—Me detengo; perdóname toda esta charlatanería que no prueba gran cosa, fuera de que he leído á Jorge Sand sin comprenderla. Hubiera querido decirte algo más, pero me he embrollado y no puedo encontrar una transición conveniente.

Te decía en mi última carta que la felicidad para mí estaba en una inmensa tranquilidad fuera y dentro de mí sér. Como este sueño pudiera parecerle en desacuerdo con mi otro sueño, el de una gloria literaria, añadía que volvería á hablar de este asunto. Sin duda no sabes las ideas que ha despertado en mí el nombre de autor. No es ésta la tribuna del hombre político, los odios y los aplausos que rugen alrededor de un jefe de escuela; es la boardilla de la gran ciudad, la casita de la montaña; una vida dulce, poblada de mis ensueños; ninguna inquietud material; dos ó tres amigos para soñar y divagar juntos, ninguna tarea impuesta, un trabajo de inspiración. Después, el murmullo lisonjero de la muchedumbre, no sólo para satisfacer mi orgullo sino para hacer rabiar á mis enemigos—¡ay, yo los tengo!. La estimación de todos, la comodidad, para no hacer caso de la riqueza.—Sé perfectamente que esto no llegará nunca, que si me creara un nombre, habría bastantes silbidos entre los aplausos, ya de escándalo ya de turbación. Sé que probablemente no seré nunca feliz, que me alejaré tanto más de la felicidad cuanto más sueñe. Pero ¿quién es el que se puede alabar de marchar más derecho que yo, de haber desgarrado tan bien el velo del porvenir, que tienda á su fin, sin recelar de los tropiezos del camino? Tú mismo que has puesto tu esperanza en el trabajo, que crees llegar á la felicidad con esa poderosa palanca ¿sabes si una paja, una pluma, una nonada, no la hará volar en astillas, aplastándote bajo el enorme bloque que tratas de levantar? Créeme:

marchamos ciegos; nos juramos diez años obrar con cordura, y luego un día nos damos cuenta de que somos unos grandes locos. Tú tendrás el bienestar y la estimación, yo, *probablemente*, algo de renombre, ¿es esto suficiente para estar seguros de vivir felices, cuando un capricho infantil nos sumerge en el dolor, si no podemos satisfacerle? En verdad te digo: no vendamos la piel del oso antes de haberle matado; no riarnos antes de haber encontrado una causa de alegría. O antes bien ¡voto á bríos! riarnos, riarnos hasta no poder más, riámonos de los demás, de nosotros, del Universo entero. Por lo menos uno se atolondra.

Cézanne me hablaba de tí. Confiesa su error y me asegura que va á cambiar de carácter. Cuando dé comienzo á esta represión, pienso darle mi consejo sobre su manera de obrar; no hubiera empezado todavía, pero creo que es inútil por ahora esperar al mes de agosto para intentar vuestra aproximación.

Espero todos los días carta tuya. Hace quince, me hiciste la promesa de ser más exacto y aguardo los efectos. Cuanto á mí, si me he retardado, no tengo ninguna culpa; estuve algo indispuerto y por no haberme esperado acabo esta carta en la oficina; arman á mí alrededor una algarabía espantosa, sé, pues, indulgente con la segunda parte de esta misiva. El tiempo se serena. El domingo fuí á distraerme al bosque de Vicennes: el ruiseñor cantaba, el cielo estaba azul, sin nubes. ¡Ay! esta no es, sin embargo, mi bella Provenza—bello país, sucios habitantes. No quiero enfadarte, al menos. Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

IX

Aux Docks, 14 de mayo, á las tres.

Mi querido Baille:

Nada llega.—Me decido á enviarte esta carta.

En vano esperé hasta ahora una carta tuya para contestar á aquello de que me hablastes y hacer por lo mismo ésta más interesante para tí. Pero no viendo venir nada, viendo la naturaleza que verdea y el camino que se empolva, he pensado que sería bueno no esperar más una cosa tan rara, tan poco segura como una de tus cartas. Realmente acabaré por encolerizarme; si no me hubieras prometido nada, pase; pero desde el momento en que me trazas un bello programa donde me anuncias una avalancha de cartas ¿no tengo razón en exigirte cuando dejas pasar un mes largo en silencio como un turco acurrucado? Estoy seguro de que te acusarás á tí mismo. ¡Qué diablo! Los *mea culpa* son buenos para las bellas pecadoras, que no se golpean el pecho más que para poder pecar en seguida con más libertad. Tú, un hombre razonable, un sabio, ¿no sientes vergüenza conociendo tu pecado en volver á caer? Baille, Baille, mi dulce amigo, me voy á enfadar.

A las cosas serias. Como te he dicho, he escrito á Cézanne hablándole de la frialdad con que te había recibido. No puedo hacer cosa mejor que transcribirte las palabras que á este propósito me ha dirigido; aquí las tienes:

«Abrigas el temor, según se desprende de tu última carta, de que se debilita mi amistad con Baille. ¡Oh! no, porque, voto á bríos, es un buen muchacho; pero sabes que con mi carácter especial, no sé muy bien